

recién nombrada por él, vacilante y medrosica, trataba de ahogar la revolución en su nacimiento. Corrió Cárceles á la Casa Consistorial y, acompañado de unos Voluntarios muy decididos (entre ellos iba yo), se acercó á la puerta del salón de sesiones en el momento en que peroraba un señor Fernández, escribano, capitán de Movilizados y amigo de Prefumo. Dimos un empujón á la puerta y nos plantamos en medio del salón. Cárceles no dijo más que esto: «Despejen..., ¡á escape, á escape!... El que no quiera salir por la puerta saldrá por el balcón.» Desbandáronse los reunidos.

»En aquel momento, la bandera roja y el cañón de Galeras proclamaron el régimen nuevo. A eso de las diez de la mañana, se reunieron en la plaza más núcleos de Voluntarios y Movilizados. Yo volé al Arsenal, y al poco rato traje la noticia de la sublevación de la marinería y de los obreros de la Maestranza. Al mediodía se nombró nueva *Junta Revolucionaria*, eliminando á los de la cepa *prefumista y benévola*, y sustituyéndolos con federales ardientes. En esta *Junta* se dió la presidencia á don Pedro Gutiérrez, nombrando á Cárceles Comandante General de las fuerzas populares...

»Para comprender bien nuestra emoción (y en plural lo digo porque en todos aquellos lances me encontré); para que te hagas cargo de las alternativas de susto y ardimiento, de coraje, desmayo y suprema exaltación, considera los graves sucesos que con precipi-

tada furia se desarrollaron en el término de un día. Tú, Tito, que has visto muchas y grandes cosas y de ellas escribes, reconocerás que España no ha visto un trozo de Historia condensada como este nacimiento de nuestro Cantón...

»Y para que las ansias y triunfos de aquel inolvidable día 12 remataran de un modo espléndido, á las cuatro de la tarde tuvimos la entrada de Antonio Gálvez en Cartagena. No puedes tener idea del entusiasmo loco con que le recibimos. Su fama de valentía, sus proezas como rebelde indomable, su carácter rudo, entero, su misma figura de luchador salvaje, hacían de él un hombre de leyenda, ó una leyenda humanizada. Del tren le sacamos en vilo, algunos amigos le metieron en una carretela, y al llegar á la calle Mayor tuvo que descender, porque los caballos no podían romper por entre la multitud... Parte á pie, entre abrazos y empujones, parte en hombros, llegó al Ayuntamiento, desde cuya balconada saludó al pueblo y al Cantón de Cartagena, con frases de noble y bárbara elocuencia.»

XIX

Así terminó Fructuoso Manrique su fragmento de Historia condensada. Yo no me cansé de oírle; él se fatigó de hablar, pues no he referido más que una síntesis de lo que

me dió su fluidez discursiva. Amplificaba sin freno, y sus continuas digresiones le llevaban fuera del asunto, perdiéndose en lentas curvas hasta volver jadeante á la línea recta... Al despedirnos, con mutua promesa de vernos á menudo, me indicó los lugares donde podría encontrarle, el Telégrafo, el retén de la guardia del Ayuntamiento, la casa de Manuel Cárcelos, plaza de la Merced, la redacción de *El Cantón Murciano*, y otras señas y direcciones que no se grabaron bien en mi memoria.

Mi atrasado sueño me dió aquella noche un descanso tranquilo, y al día siguiente, después de almorzar, me lancé á la calle dispuesto á recorrer la población y á enterarme de todos los aspectos públicos de la vida cantonal. Deambulando á la ventura no pensaba más que en encontrar algún rastro de Floriana, alguna señal ó indicio por donde pudiera descubrir la morada de la Diosa que me había traído por las entrañas de la tierra ó por la superficie de ésta, pues ya me atormentaban dudas acerca de mi verdadero camino desde Madrid á Cartagena. Mi aburrida expectación me llevó á la ciudad alta, con accidentes de Alcazaba moruna y vestigios de Catedral añosa, no sé si visigoda ó románica; llevóme después al grandioso Arsenal, donde vi la marinería dueña de los barcos y de los almacenes y talleres: toda la oficialidad y jefes de la Armada estaban en forzadas vacaciones.

Rendido de cansancio me volví á mi fon-

da, á la caída de la tarde, y apenas entré me dijo un camarero que una señora había estado á preguntar por mí tres veces y que, dolida de no encontrarme, prometió volver á la mañana siguiente. Por las señas que me dió el mozo comprendí que mi visitante no podía ser otra que la insigne *Doña Gramática*. La esperanza de ver pronto á Floriana me llenó de júbilo... Mi amigo Alonso Criado me dió nuevos pormenores de la visitante, repitiendo estas palabras de ella: «El caballero don Tito ha venido á Cartagena á escribir la Historia de lo que aquí está pasando.» Subí á mi cuarto para quitarme el polvo del largo paseo. Di un corto descanso á mis huesos, y al bajar al comedor y sentarme á la mesa, mi fiel camarero me preguntó si me agradaba la población, si había visitado el Arsenal, si había visto á Gálvez...

«Estuve en el Arsenal, mas no he visto á Gálvez. Me han contado el recibimiento loco que le hicieron ustedes el día doce.

—Cosa no vista. Pues digo... el recibimiento que hicimos al General Contreras, un día después, también fué bien sonado de palmas, vitoreos y *¡aquí está el hombre!* Para mí que este Contreras es la primera espada de España y el primer ojo militar que tenemos.»

Respondíle apoyando estos encomios, y en el tercer plato me dijo: «Pues ahora estamos esperando á Roque Barcia, que como sabido quince y raya á todos los tíos de las Academias y Ateneos de Madrid. En fin; que vamos á tener en Cartagena la flor y nata del

valor, de la hombría de bien, del *militarismo* y de la ilustración tocante al teje maneje del Gobierno y demás. Yo he leído esas *Biblias* que escribe don Roque, y crea usted que con aquel fraseo tan pulido me quedo tonto y me subo al quinto cielo.»

Cuando me servía los postres y el café, puso la voz en el tonillo bajo de íntima confianza para decirme:

«Si el caballero don Tito quiere poner en el punto verídico la Historia que piensa escribir, no se olvide de este caso que al por menor le cuento. En la noche del trece vino á Cartagena de ocultis un señor Anrich que era Ministro de Marina en el Gobierno de *Don Pl.* Traía la incumbencia de restablecer la disciplina en la escuadra. Un cabo de cañón le hizo un disparo que por desgracia falló... El hombre tuvo que salir de naja, pero no con las manos vacías, pues arrambló con veinticinco mil duros que estaban dispuestos para pagar un mes vencido á la Maestranza. Ponga usted también en su Historia que se llevó de rositas dos mil reales para sus gastos de viaje. Que no se le olvide esta gatada, y que esté bien clarita. Así verá el mundo lo que son estos caballeros del Centralismo nefando y virulento.

—Y ¿es verdad que el Gobernador de Murcia, ese Altadill, vino á Cartagena el día trece?

—Sí señor; pero no se metió en nada. Nuestro Cantón se ha hecho de por sí, y todos los populares, cada cual según su capa so-

cial, arrimó el hombro con desinterés, señor don Tito, sin recibir un chavo de nadie. Para que vea usted lo que es aquí la masa federal, armada ó sin armar, le diré que la *Junta Revolucionaria* decretó el día 12 que se acuñara una medalla memorativa para colgarla en el pecho de los que defendieron el Cantón con las armas en la mano. La tal medalla daba derecho á una pensión vital de treinta reales al mes. Nadie aceptó el sustipendio. En cambio, los Voluntarios de la República pidieron que en la condecoración campeara la palabra *Heroica*... Tome usted apuntación de este otro sucedido. El día quince llegó á la estación de la Palma el Regimiento de Infantería de Iberia, para batirnos á los cantonales. Llegó, vió y ¿qué hizo? Pues pronunciarse lindamente. Los soldados, que eran todos de la masa federal, despidieron á sus jefes y entraron en Cartagena dando vivas al Cantón.

—Pues todo eso, amigo Criado, lo pondré de pe á pa. Ya he sabido que la tropa de la guarnición de Cartagena imitó el ejemplo de los de Iberia.

—Lo que yo voy viendo es que el mundo entero es federativo. Acabarán por acantonarse las estrellas y esos que llaman planetas, para que rabie el sol.»

Con esto nos despedimos. Me acosté, y aunque dormí algunas horas, la noche se me hizo interminable, como si faltaran siglos para la visita de *Doña Gramática*. Hallábame ya vestido y compuesto, á punto de las nueve, cuando entró en mi aposento la ilustre

dueña. Era una mujer de mediana edad y de vulgar estampa, de rostro severo que á ratos volvíase almibarado. Vestía con aseada modestia; su cuello era carnoso, sus manos bonitas, su voz timbrada con el acento profesional, un tanto campanudo. Lo primero que me dijo fué su nombre, que yo desconocía. Llamábanla comúnmente Juanita Cid, y poseía cuantos títulos acreditan competencia en las funciones del magisterio con faldas.

Reíme de mí mismo al recordar que había visto en aquella pobre mujer una figura semi-olímpica, que se codeaba con las hermanas de Apolo y le quitaba motas á la Musa de la Historia. ¡Lo que va del ensueño á la realidad! Sentóse la dueña frente á mí, y plegando su boca y dando cierta movilidad graciosa á sus negros ojos para lograr la mayor finura de expresión, entabló el coloquio con su poquito de hipérbaton: «El caballero Tito perdone que en matutinas horas á importunarle venga esta maestra humilde.» A tan relamido concepto contesté que verme en presencia de señora por tantos títulos ilustre era mi mayor gusto.

«Gracias, señor... Del alma brotan mis gratitudes por tan dulce bondad—dijo ella, y luego me soltó esta pieza sintáctica, abusando fieramente de los incisos.—Como quiera que Floriana desde la mañana de ayer, y no necesito puntualizar la hora, me encargó comunicar á usted su residencia, no lejána ciertamente, deseando ser visitada por el talentudo historiador é historiógrafo, me apresuré á

desempeñar mi cometido, ayer tres veces frustrado, y hoy vengo gozosa á manifestar á usted, con gusto mío y del que me escucha, que vivimos en la plaza de la Merced, número tres, local anchuroso de una Escuela que debió estar poblada de ángeles, y hoy está desierta porque nos ha trastornado con su convulso movimiento la hidra revolucionaria.

—Ahora mismo voy—exclamé, levantándome de un brinco;—pero ella, con gesto y voz que remedaban las actitudes olímpicas, me ordenó la calma, y así prosiguió: «Refrene su impaciencia, señor mío, y óigame. Floriana es una chiquilla, sin que este calificativo amengüe su idoneidad casera. Lo juvenil no quita en ella lo juicioso. En esta hora y en la subsiguiente hállase atareada en el negocio de sus abluciones, y en acicalarse y componerse, cosa natural en tan linda persona. De ello resulta que, conforme á las ordenanzas de la etiqueta urbana, ha de correr un lapso de tiempo hasta que llegue el oportuno instante de recibir visitas. Deme el señor don Tito licencia para decirle que es hombre harto fogoso y vivaracho, de lo cual colijo que rara vez, quizás nunca, ha tenido á su lado personas sentadas y maduras; que el juicio se pega con el roce vital, y los ejemplos de sensatez y mesura son el mejor aprendizaje para los caracteres movedizos y volanderos en demasía.»

Erame ya insoportable la cancamurria pedantesca y el traqueteo gramatical de aquella buena señora. Ansioso de llegar á la

deseada oportunidad de las visitas, la entretuve como Dios me dió á entender, dándole cuerda y contestando tan sólo con monosílabos á su laberíntico fraseo. Cuando á mi parecer había pasado ya bastante tiempo, le dije: «Vámonos despacito, señora, y si aún fuere temprano nos entretendremos charlando por el camino.» Accedió la dueña; le ofrecí mi brazo para bajar la escalera, y me llevó por calles desconocidas, aturdiéndome con su estilo machacante. De todo hablaba: del Cantón, de la enseñanza pública, de los nuevos métodos gramaticales, y en tan variados temas hallaba coyuntura para echarme una flor mal encubierta con frases lisonjeras.

«Aunque mi oficio es enseñar Gramática, dura faena en verdad—me dijo en una de las muchas paradas que hacía,—mis aficiones me han llevado siempre á la Historia, y á esta ciencia sublime consagro mis ocios. Sin autoridad para juzgar á los superiores, no vacilo en ofender su modestia diputándole por el más feliz narrador de los hechos humanos, así los oscuros como los resonantes. Tengo para mí que la Historia que usted nos escriba, si en ello persiste, será de las más discretas, eruditas y ejemplares que habremos de disfrutar, señor *don Tito Livio*... No se ría; al trastocar su apellido héme permitido usar un *apócope* que también puede ser un vislumbre de *metátesis*.»

Sofocando la risa le reiteraba yo mis gratitudes, y al fin, con la pesada carga de la

Gramatical balumba llegué al número tres de la plaza de la Merced. ¡Oh felicidad sin medida y sin nombre! En un magnífico y espacioso local de Escuela recién construida, todo nuevo, todo limpio, ornado de mapas y cuadros gráficos admirables, me recibió Floriana á los pocos instantes de impaciente espera. Gozosa vino hacia mí; nos estrechamos las manos, y sentándonos en un banco escolar, cambiamos las saluciones de rigor. Vestía traje azul sencillísimo, sin ningún adorno. Su hermosura ideal recobró en mi retina la exquisitez helénica, y recordé la primera frase de Celestina cuando me propuso el pacto de amor: *No es mujer; es diosa*.

XX

Inició ella la conversación con estos sentidos conceptos: «¡Ya ve usted, amigo Tito, con qué mala sombra he venido á tomar posesión de mi destino! ¿Cómo habíamos de pensar que este dichoso Cantón destruiría radicalmente mis ilusiones y mis planes, haciendo inútil la gestión de usted para darme la dirección de esta Escuela? Ya le enseñaré el edificio y sus dependencias. Verá usted qué grandiosidad. Aquí hay cátedras, gabinetes de Física, museo, jardines, aposentos para el internado... Todo perdido, todo por lo menos en suspenso hasta sabe Dios cuándo.

—El aplazamiento será corto, no lo dude

usted—le dije para consolarla.—Creo que el flamante Estado no abandonará esta Institución.

—¡Ay don Tito, no lo veo yo así! Contaba con que de las trescientas criaturas de ambos sexos que pidieron matrícula, vendrían en tiempo de vacaciones unas sesenta ó setenta. Al llegar aquí encontré doce, y ayer no vino ninguna. Considere usted, amigo mío, que este edificio fué costado por un millonario cartagenero recién venido de América, quien formó una Junta Patronal, sometiéndolo al plan de enseñanza á la Dirección de Instrucción Pública. Ahora resulta que la Dirección es un órgano centralista: *vade retro*. Y lo más funesto, lo que me quita toda esperanza, es que los señores de la Junta Patronal y el fundador millonario son *benevolos*... Esta palabra es injuriosa en Cartagena. Cada día aprendemos una cosa nueva, y yo aprendo aquí que la *benevolencia* no es una virtud, sino un delito.»

Aseguróle yo con gran entereza que su pesimismo era infundado y que no faltaría quien intentase, en bien de la enseñanza, un decoroso arreglo entre *perfumistas* y cantonales.

«Observe usted—añadió Floriana—que el plan de enseñanza trazado por la Dirección es francamente laico. Yo no enseño Catecismo.

—¡Oh, mejor que mejor! Los cantonales aplaudirán seguramente ese criterio.»

Movía la cabeza Floriana en señal de des-

aliento, y *Doña Gramática*, sentada en el banco próximo, soltó de su erudita boca las primeras frases de un terrorífico discurso, claveteado de incisos. Afortunadamente, Floriana no la dejó meter baza. En aquel punto entró por la puerta interior otra matrona, en quien reconocí á *Doña Aritmética*, seca, huesuda y muy aborascada de entrecejo. Cubría toda su delantera con un grueso mandil. Por esto y por las palabras que cambió con Floriana, comprendí que desempeñaba funciones de cocinera en el vagar de las tareas escolares. Luego, Floriana y *Doña Gramática* me llevaron adentro para enseñarme toda la casa, que era en realidad una maravilla.

Bajamos á un jardín lindísimo, donde tuve la dicha de ver desaparecer á la insufrible sabia Juanita Cid, mandada por la Directora á un recado callejero. En un banco me senté junto á la que sigo llamando Diosa por estímulo de una idealidad más fuerte que mi razón. Encastillada en su pesimismo, me dijo: «Triste desengaño es éste al término de un viaje largo y molesto, en que no nos faltó ninguna contrariedad. Primero, por la precipitación y por el descuido de estas buenas señoras, no traíamos comida, y tuvimos que alimentarnos con bizcochos. Ya lo recordará usted... Después ocurrió la desgracia de que al salir de la estación, no sé si de Albacete ó Chinchilla, hubo de parar el tren porque se precipitó sobre la vía una piara de toros; la máquina arrolló á uno y los demás

nuyeron desmandados... ¿Se acuerda usted de lo que nos atormentaron los rugidos de las fieras enjauladas, que iban en un furgón y pertenecían á un polaco que las exhibe por los pueblos?... Y á todas éstas, el tren atravesando horas y horas. Me parece que fué en la estación de Hellín donde invadieron nuestro coche aquellos malditos cómicos, que nos dieron la gran tabarra contándonos el argumento de la función *Las Diosas del Olimpo*, que iban á dar en Murcia.

—Sí, sí; ya me acuerdo—exclamé yo, sin que mi confusión me permitiera añadir una palabra más.

—Yo no pegué los ojos en todo el viaje—dijo ella.—En un coche de tercera, de cola, iban unas muchachas alegres que no cesaron de cantar y gritar desaforadamente. Luego, en no sé qué estación, se pasaron á los coches delanteros. ¡Qué barullo! ¡Qué escándalo!

—Sí, sí; parecían diablesas.

—Y para acabar de arreglarnos, en Balsicas tuvimos que dejar el tren por descarriamiento del mixto. ¿Se acuerda usted de que nos entretuvimos un rato contemplando las constelaciones?

—Ya lo creo. Vimos al *Toro* y á *Géminis*. Nos metieron en unas tartanuchas, y á las treinta y seis horas de viaje llegamos á Cartagena.

—Yo llegué muerta.

—Y yo también—dije procurando atraer á mi mente las ideas que azoradas escapaban

volando hacia la región del ensueño;—muerto de cansancio y afligido de un grave desconcierto cerebral, que todavía persiste, aunque con atenuaciones temporales. Créame, Floriana; viéndola á usted y escuchándola, mi sér se ennoblece y se eleva, tomando las direcciones que usted quiera darle. Con Floriana voy al extremo delirio ó á la razón serena... En la razón estamos ahora. Adelante.

—Si he de hablarle con sinceridad, mi amigo don Tito—contestó ella con gracia un tantico burlona, —no entiendo bien lo que acabo de oírle. Pero pues estamos en plena razón, ya trataremos de... de eso... que usted razonablemente me explicará.»

En este punto, entró de la calle *Doña Caligrafía*, cuyas facciones y talle de persona distinguida y bien apañada se me quedaron muy presentes desde que en Balsicas nos dió las primeras referencias de la localidad. Era una señora de buen porte, algo ajada y canosa, natural de Cartagena, y según después supe, maestra insigne en el arte de pendolista. Entregó á Floriana varios paquetes de compras, entre ellos una cajita de cartón que me pareció de dulces ó pasteles. En el mismo instante apareció por otro lado *Doña Aritmética*, y las medias palabras que de boca de las tres oí, hiciéronme comprender que era la hora de la comida. Me levanté para despedirme, y Floriana me dijo: «¿Se va usted porque es hora de comer? No tenemos prisa. Si quiere usted honrarme otro día, le prepararemos algo que sea de su gusto. Venga usted

á verme cuando quiera, y fijaremos el día para ese festín. A esta hora me encontrará siempre. Salgo muy poco. Algunas tardes voy de paseo á la calle Real ó á San Antón.»

Salí aturdido y un tanto desolado. Al atravesar el local de la Escuela para tomar la puerta de la calle, apreté el paso vivamente porque vino á mis oídos, desde los aposentos interiores, la tos clásica y la voz altisona de *Doña Gramática*. Almorcé sin apetito en la fonda y me lancé á la calle. Errabundo y triste, conforme á mi vieja costumbre, recorrí no sé qué barrios de la ciudad, pues nunca en casos tales precisaba mi descuidado itinerario, y en las inmediaciones del Arsenal me metí por un angosto callejón, donde oí voces risueñas y mi nombre claramente pronunciado.

Por un momento creí escuchar las voces misteriosas, que en noche memorable me guiaron en las calles de Madrid hacia la plazuela de las Comendadoras. Volvíme, y en una ventana de piso principal vi tres mujeres bonitas, una de las cuales me llamó con la mano y con estas palabras cariñosas: «Tito, Titín salado, ven acá. ¡Gracias á Dios que te vemos! Sube.» Ni corto ni perzoso entré, y por empinada escalera subí al aposento donde estaban las alegres muchachas, cuyas caras no me fueron desconocidas, pues con ellas hice el viaje, á mi parecer subterráneo, desde Madrid á Cartagena. Más que la presencia de las tres sílfides, me sorprendió encontrar entre ellas á

mi amigo Fructuoso Manrique, á quien no había visto desde la noche que estuvimos en el Club de la calle *de Jara*.

Observando rápidamente el local, vi cómoda y muebles muy modestos, máquina de coser con obra empezada, y sofá ruinoso, que parecía hermano del que fué suplicio de visitantes en mi casa de huéspedes de Madrid. Sobre él y unas sillas cercanas había vestidos á medio coser. El ornato de las paredes lo componían láminas con vírgenes ó santos al cromo, y litografías de toreros, sin marco ni cristal. El examen de la estancia me llevó á presumir la condición de las mozas. ¿Eran costureras, modistillas ó qué demonios eran? En una redonda mesita con hule blanco, colocada en mitad de la pieza, vi servicio de café y copas, traído de fuera. «A tiempo has venido, querido Tito—me dijo Fructuoso.—Siéntate, y tomarás café en esta escogida sociedad.»

La sílfide que se me puso al lado para llenarme el vaso de café con leche, me dijo: «Señor don Tito, la última vez que nos vimos fué aquella noche... en la estación de Murcia... cuando, al pasarnos del coche de cola al coche de cabecera, le di á usted un pellizco tan fuerte que aún me parece que le estará doliendo. Pues para que me perdone, ahora le diré que mi intención no fué pellizcarlo á usted, sino al tío de las fieras, que ya me tenía cargada haciéndome el amor, como si fuese yo pantera ó leona. Me equivoqué de nalga, y usted pagó por el *polonés*».

—Tiene usted razón: todavía me duele — dije yo.—El viaje fué muy malo; pero estas niñas bien se divirtieron.»

Picotearon las tres ninfas un buen rato entre sorbos de café, y yo, echando de menos á *Graziella* en aquel cotarro, pregunté por ella. Las tres á un tiempo respondieron: «Ahorita viene... La estamos esperando... Nos asomamos á ver si venía cuando usted pasó...»

—Si no tienes que hacer esta tarde—me dijo Manrique,—iremos un rato al Arsenal, donde hay mucho que ver, y además te contaré algunas cosas del Cantón, que te servirán para tus estudios históricos.

—¡Y cuidado con lo que nos escribe el don Tito!—dijo mi vecina, ojinegra, boca grande y salerosa, blanca dentadura.—Nosotras somos *cantonales* hasta la pared de enfrente, y como usted hable mal de esto le arrastraremos por las calles.» Y otra, pelirroja, boca chiquitita, metida en carnes, afirmó que al mar me tirarían con una piedra al pescuezo, si escribía cosas feas del Cantón. La tercera, atizándose una copa de coñac, no hizo más que gritar: «¡Viva la revolución cartagenera y la Virgen de la Caridad!»

Respondiendo al *viva* entró *Graziella* sin anunciarse. Traía flores en la cabeza, y en los hombros un pañuelo corto de crespón amarillo de los que llaman de talle. Manrique hizo un hueco para que á mi lado se sentara. Pidió café solo, medio vaso, y apurándolo á sorbos, me dijo: «Ya sé por *Doña Ca-*

ligrasía que has visto hoy á Floriana. ¡Qué linda está!

—No es mujer; es una Diosa. Tiene toda la pinta de don Hilario, que de mozo debió de ser un clérigo guapisimo.

—Y de viejo todavía, todavía...—indicó la pelinegra de boca grande.

—¡A quién se lo cuentas!—exclamó *Graziella*.—Don Hilario viejo valía por treinta jóvenes. Era mucho hombre mi santo varón... y como aquel que dice, la santidad no quita la hombría.»

En aquel momento empezó el copeo. Fructuoso sirvió á todas coñac, dando él ejemplo de largueza en la bebida. Aunque nunca tuve familiaridades con el bueno de Baco, se me comunicó la general alegría y empiné más de lo que acostumbro. *Graziella*, aficionada desde su infancia al néctar espirituoso, se puso pronto entre dos luces, y con rara mezclanza de risa y llanto, nos contaba sus penas: «¡Ay de mí! No sabéis la tabarra que hoy me ha dado mi *Perico*... Quiso pegarme el muy sinvergüenza. Pero yo le di un trasztazo, y luego le agarré por las astas y le tiré al suelo. Si él es bravo, yo también... Nada; se empeñó en que habíamos de ir hoy á Los Molinos para comer con su tía *la Berrenda*. El que sí; yo que no; en esta brega estuvimos hasta las tantas. Por eso he tardado.»

Alegres carcajadas acogieron este desahogo, y la muchachita gordezuela y pelirroja, dijo así: «A mi *Lázaro* le voy á dar el canuto... Con sus celeras me tiene frita. Ha dado

en la tecla de que *Zalamero* me hace el amor.»

La tercera de las mozuelas, menudita y vivaracha, dijo que su *Ventura*, hecho un meringue, le pedía casamiento, y que ella le había contestado con un sí dentro de un no. Mi honradez histórica obligame á decir que, sin excederme en las tomas de coñac, me puse pronto á medios pelos. Alegría loca inundó mi alma. Abracé á *Graziella* y después á Fructuoso, diciéndole con efusivo lenguaje: «Manrique, amigo del alma, sácame de una duda que me atormenta: esta preciosa ojinegra que tengo á mano izquierda ¿es tu ninfa?

—Sí, Tito de mi corazón—respondió Fructuoso, que había cogido una regular *papalina*.—Distraído con la charla se me pasó el presentarte á mi amiga Dorita, de la noble estirpe de los Vargas Machuca ó Machaca.» Como la cáfila de nombres taurinos había despertado en mi caletre las ideas más extrañas, dirigí á Fructuoso esta segunda interrogación: «Dime, Manriquito, ¿recuerdas tú haber sido toro alguna vez?»

La tempestad de algazara y risas que levantó mi pregunta, nos impidió escuchar la respuesta de Fructuoso, que me pareció entre seria y festiva. Acallaron el tumulto dicharachos de *Graziella*, que disparataba en el tono y estilo más donosos. Blasonando de una templanza tardía, retiró Fructuoso las copas y la botella de coñac. Los ánimos embriavecidos por el alcohol se fueron cosegan-

do. Dorita se puso á coser en máquina. Las otras disponían la tarea, canturreando á media voz. Manrique, acometido de un sueño imperioso, se tendió en el sofá. Yo llevé á *Graziella* junto á la ventana. Había llegado la ocasión de satisfacer las dudas que continuamente me atormentaban.

«¿Tienes tu cabeza bastante serena—le dije—para contestarme á unas preguntitas?

—Y la tuya, Tito, ¿está firme y fresca para que puedas preguntarme cosas con sentido? Porque yo, por mucho que beba, ya lo sabes, nunca pierdo el compás, digamos la brújula de mi entendimiento.

—Con toda mi serenidad y todo mi aplomo, te suplico me digas si la madre de Floriana es una marquesa ó condesa que vive en un convento de Madrid.

—Es duquesa, Tito... Recordarás que yo, cuando me divertía escribiendo cartas en guasa á las señoras de la grandeza, le encajaba el título de *Pata del Cid*. Hoy está tronada y vive con otras dos viejas de su familia en las Comendadoras, como *señora de piso*. Hace días intentó catequizar á Floriana para que abandonase el siglo, como ellas dicen, y se metiese en vida monjil aristocrática. Pero Floriana no quiso entrar por ello y tomó la puerta... ¿Quieres saber más, curiosón novelero? Pues te diré que la duquesa tuvo esta niña de un santo clérigo á quien requirió para que le enseñara la Teología y le explicase el *Cantar de los Cantares*... Teología fué, que nació la linda criatura con las

facciones hermosas del bendito papá. La duquesa dió á criar la chiquilla á unos pobres campesinos de las tierras que poseía y que luego perdió por su destornillada cabeza.

—Era viuda y guapa, según me han dicho.

—Guapísima y viudísima, sí; pero mala madre, porque no hacía caso de la criatura ni se cuidaba de ella. Cuando vino á menos y empezó el tronicio de su hacienda, dejó de atender á los pobres paletos que criaban á Floriana. Pero á la niña le salió un ángel bueno, le salió una señora con solitudes y cariño de madre verdadera. Recogida Florianita por la divina dama, ésta le dió educación perfecta, instruyéndola en todo el saber del mundo, para que en su día fuese maestra de maestras, ó como quien dice...

—No sigas, *Graziella*—exclamé yo sin poder refrenar un arrebato de entusiasmo y orgullo.—¡Los Dioses han creado á Floriana para un fin sin fin! Es la educadora de los pueblos.»

XXI

Díjome en seguida la diablesa que á su bienhechora daba Floriana el nombre de Madrina, y la quería más que á su madre. Oyéndolo, rompí en este exabrupto: «Y la Madrina es *Mariclio*, la Madre alta y piadosa que nos enseña el arte de hacer felices á los pueblos. No me lo niegues. Esta es una verdad que yo siento en mi corazón...»

Alzó *Graziella* los hombros, además que en ella solía tener una significación afirmativa. Luego sacó de su faltriquera un cigarrillo, lo encendió y se puso á fumar tan tranquila, sin pronunciar palabra. Yo proseguí: «Pues ahora te digo que *Mariclio* está en Cartagena. Lo sé. Y como estoy seguro de ello, quiero que me lleves á su lado, que para eso, no para cosas fútiles y livianas, eres consumada hechicera.»

Fija la mirada en el suelo, y quitando la ceniza á su cigarrillo, me dijo la diabla que no podía llevarme á donde yo quería, sin obtener permiso y orden expresa de la señora mil veces augusta, que á menudo cambiaba de residencia y sabía ocultarse y aun perderse de vista, cuando pensaba que los nacidos no eran dignos de su presencia. «Es abeja—añadió—que labra su panal á escondidas, y no quiere que la molesten zánganos ni abejorros.»

Amparados por el ruido de la máquina y el parloteo vivo de las mozuelas, pudimos *Graziella* y yo hablar con libertad. Desperzándose con mugido despertó Manrique. El breve sueño ahuyentó de su cabeza los vapores vinosos, y al poco rato nos hablaba de estirar las piernas y sacudir la galbana con un paseito por el Arsenal. Del mismo parecer fuimos *Graziella* y yo. Dorita quiso agregarse á la partida; pero teniendo que terminar unos respuntes, nos dijo que fuéramos por delante, que ella nos alcanzaría antes de media hora. Salimos, pues, y no paramos